

bres de ideas tan exageradas eran los únicos que correspondían á las circunstancias extrañas en que se hallaba Francia. En tiempos normales, jamás se les hubiera hecho caso. Los girondinos y los jacobinos, que se habian confundido por un momento en una conspiracion comun contra el trono, habian sido nombrados en todas partes por aclamacion para que terminasen su obra. Su mandato se reducía á acabar con lo pasado, destruir las resistencias, pulverizar el trono, la aristocracia, el clero, la emigracion, los ejércitos extranjeros, arrojar el guante á todos los reyes y proclamar, no la soberanía abstracta del pueblo, que se puede desnaturalizar en el mecanismo complicado de las constituciones mixtas, sino la soberanía popular que interroga hombre por hombre hasta el último de los ciudadanos, y que hace reinar con un irresistible poder el pensamiento, la voluntad y hasta las pasiones generales. Tal era el instinto del momento.

Todos los nombres que Francia habia oido pronunciar desde el principio de la revolucion en sus ayuntamientos, en sus clubs y en sus motines, se encontraban en la lista de los miembros de la Convencion. Francia los habia escogido, no por su moderacion, sino por su ardor; no por su sabiduría, sino por su audacia; no entre los hombres de edad madura, sino entre la juventud más alborotada y fogosa. Fué ésta una eleccion á la desesperada. La patria conocía que en los peligros en que su resolucion de cambiar la faz del mundo iba á arrojarla, necesitaba combatientes y no legisladores. Méenos que un gobierno, era una fuerza temporal la que quería constituir. Penetrada de la necesidad de la unidad y de la energía de accion, votaba á sabiendas una gran dictadura. Solamente que en vez de dar esta dictadura á un hombre, que podría engañarse, debilitarse ó hacerle traicion, se la daba á setecientos cincuenta representantes que le respondían de su fidelidad por sus mismas rivalidades, y que observándose los unos á los otros, no podrían detenerse ni retroceder en su marcha sin encontrarse con las sospechas del pueblo y el suplicio detras de ellos. No eran luces, ni justicia, ni virtud lo que se les pedía: exigíaseles únicamente una gran fuerza de voluntad.

## LIBRO VEINTINUEVE.

Fin de la Asamblea legislativa.—La Convencion.—Disidencias.—El trono.—La república.—Los girondinos.—Collot-d'Herbois pide la abolicion del trono.—Los girondinos la adoptan.—Vergniaud propone que se redacte inmediatamente el acta de supresion.

### I

El 21 de Setiembre á mediodía, las puertas de la sala del Picadero se abrieron, y se vió entrar lenta y solemnemente á todos aquellos hombres, de los cuales los más ilustres debían salir de allí para el cadalso. Los espectadores de la tribuna, puestos en pié, atentos é inclinados hácia la sala, reconocieron y señalaron con el dedo, nombrándose los unos á los otros, los principales miembros de la Convencion á medida que iban entrando.

Los miembros de la Asamblea legislativa escoltaron en cuerpo á la Convencion para abdicar en ella solemnemente. Francisco de Neufchateau, último presidente que habia sido de la Asamblea disuelta, tomó la palabra. «Representantes de la nacion,—dijo,—la Asamblea legislativa ha cesado en sus funciones y depone el gobierno en vuestras manos, dando á los franceses el ejemplo del respeto á la mayoría del pueblo. Las tres palabras de libertad, leyes y paz fueron escritas por los griegos sobre las puertas del templo de Delfos. Vosotros las imprimireis en todo el territorio de Francia.»

Petion fué nombrado presidente por unanimidad. Los girondinos saludaron con una sonrisa este presagio de su ascendiente en la Convencion. Condorcet, Brissot, Rabaut-Saint-Etienne, Vergniaud, Camus y Lasource, todos girondinos á excepcion de Camus, fueron á ocupar el sitio destinado para los secretarios. Manuel se levantó y dijo: «La mision de que estais encargados exigiria una sabiduría y un poder divinos. Cuando Cineas entró en el senado de Roma, creyó ver una asamblea de reyes. Semejante comparacion sería para vosotros una injuria. Aquí es necesario ver una asamblea de filósofos ocupados en preparar la felicidad del mundo. Pido que el presidente de Francia se aloje en el palacio nacional, que los atributos de la ley y de la fuerza estén siempre á su lado, y que cuando abra las sesiones, todos los ciudadanos permanezcan en pié».

Levantóse un murmullo de desaprobacion al escuchar estas palabras. El sentimiento de la igualdad republicana, alma de este cuerpo popular, se sublevó contra la sombra misma del ceremonial de las cortes. «¿A qué conduce ese honor que se pretende tributar al presidente de la Convencion?—dijo el jóven Tallien, que iba vestido de chaqueta.—Fuera de esta sala, el presidente es un simple ciu-



dadano á quien, si se le quiere ver, será menester quizá ir á buscarle al tercero ó cuarto piso de alguna casa lóbrega. Allí es donde habitan el patriotismo y la virtud.»

Decretóse que al presidente no se le hiciese ningun honor.

«Nuestra mision es grande y sublime,—dijo Couthon sentado al lado de Robespierre.—Temo que en las discusiones que se van á establecer se atrevan algunos á hablar del trono; pero no sólo es el trono lo que importa separar de nuestra Constitucion, sino toda especie de poder individual que tienda á restringir los derechos del pueblo. Se ha hablado de triunvirato, de protectorado y dictadura; se esparce en el público un rumor de que se forma un partido en la Convencion por una ú otra de estas instituciones. Dejemos estos vanos proyectos, si es que existen, jurando todos la soberanía entera y directa del pueblo. Queremos que caiga igual anatema sobre el trono, la dictadura y el triunvirato.» Estas palabras aludian á Danton y revelaban los primeros recelos de Robespierre. Danton las comprendió, y no tardó mucho en responder con una abdicacion que, descargándole del poder ejecutivo, le volvía á su elemento.

Por otra parte, estaba ya cansado de un reinado de seis semanas, durante las cuales habia impreso á Francia las convulsiones de su carácter, y por otra, queria alejarse del poder un momento, para ver cómo se desarrollaban los nuevos hombres, los nuevos partidos y los nuevos acontecimientos. En fin (¡tal es la influencia de los negocios caseros sobre los hombres públicos!), su mujer, que estaba moribunda, presa de una enfermedad de languidez, deploraba la siniestra fama que habia manchado su nombre con tantos asesinatos, provocados ó tolerados, y le suplicaba llorando que saliese del torbellino que le arrastraba á semejantes vértigos, y expiase los males y las desgracias de su ministerio haciendo dimision. Danton amaba y respetaba á la primera compañera de su juventud, escuchaba su voz como un oráculo, y miraba con ternura é inquietud á sus dos hijos, próximos á quedarse sin madre. Danton deseaba recogerse un momento, orgulloso por haber libertado las fronteras, y avergonzado al mismo tiempo de que su patriotismo extraviado le hubiese hecho comprar á costa de su honor la popularidad que habia adquirido en las sangrientas jornadas de Setiembre.

## II

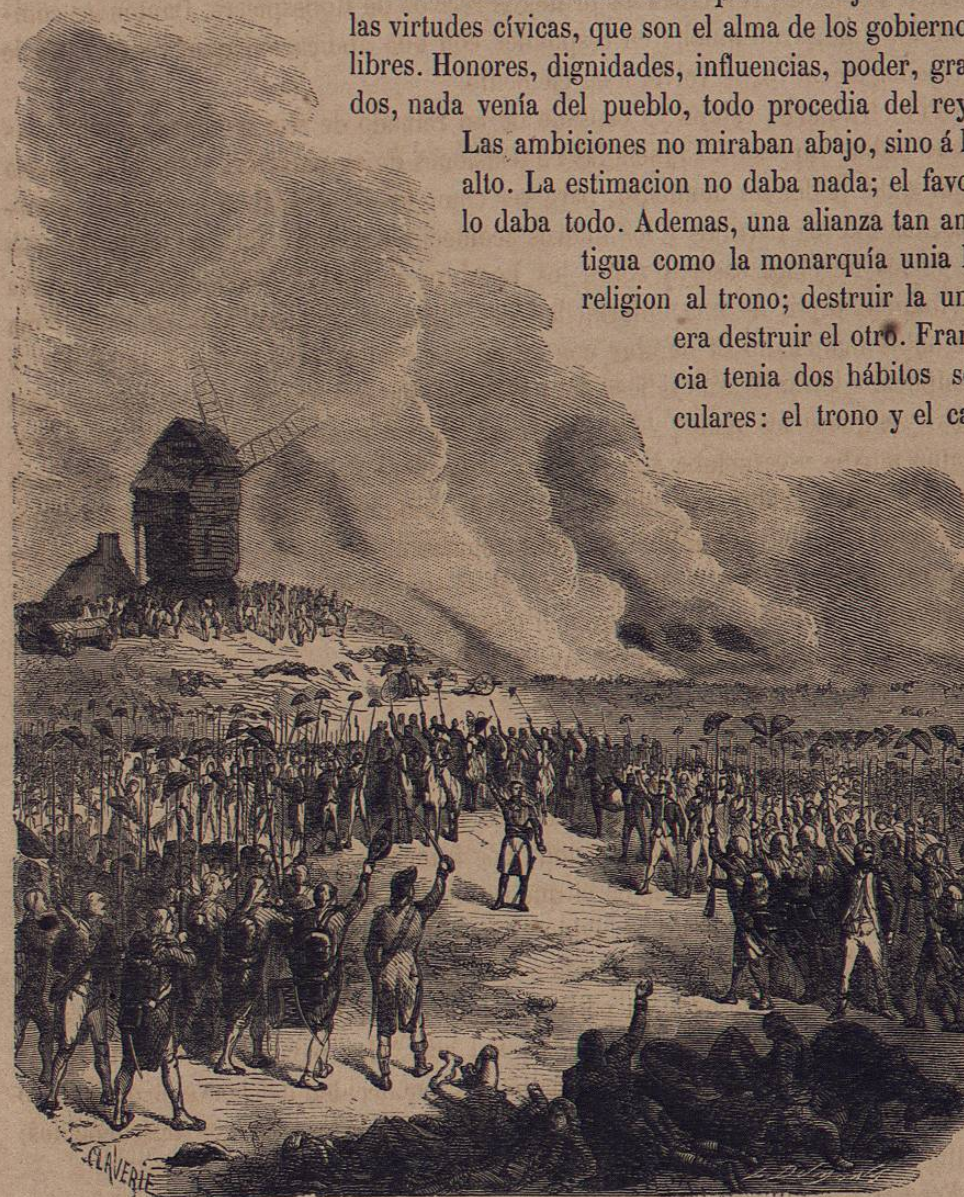
Una impaciencia visible se traslucía en las primeras palabras, en la actitud y en el silencio mismo de la Convencion. Los franceses no dejan nunca para el día siguiente lo que pueden hacer en el que se encuentran. En todos los espíritus, en todas las miradas y en todos los labios habia un pensamiento, y no podía tardar mucho en estallar. La primera cuestion que se iba á tratar era la de trono ó república. Francia habia tomado su partido. La Asamblea no podía suspender el suyo, y solamente reflexionaba en la grandeza del acto. Hay palabras que contienen la vida ó la muerte de los pueblos; hay momentos que deciden del porvenir del género humano. La Convencion se hallaba en el umbral de estos destinos desconocidos: ella no vacilaba y se recogía para meditar.

Francia, nacida, criada y envejecida en la monarquía, miraba esta forma de gobierno como la naturaleza de su organizacion social, y el respeto á esta institu-

cion era general en la mayoría de los franceses. Como nacion militar, habia coronado á sus primeros soldados; como nacion feudal, habia infeudado su gobierno civil y sus tierras; como nacion religiosa, habia consagrado á sus jefes y atribuido á sus reyes una especie de delegacion divina, adorado el trono como un dogma, proscrito la independencia de las opiniones como una rebelion, y castigado los crímenes de lesa majestad como un sacrilegio. Una vana sombra de independencia individual y de privilegios provinciales subsistia en los parlamentos, en los cuerpos provinciales y en las administraciones municipales. La ley era el rey, el noble el súbdito, el pueblo el esclavo, ó cuando más un liberto. Nacion militar y fiera, Francia habia ennoblecido su servidumbre por el honor, santificado la obediencia por la adhesion, y personificado el país en el trono. Desapareciendo el rey, no sabia dónde estaba la patria. El derecho, el deber, la bandera, todo desaparecia con él. El rey era el Dios visible de la nacion: la virtud consistia en obedecerle.

Nada habia creado en el pueblo el ejercicio de las virtudes cívicas, que son el alma de los gobiernos libres. Honores, dignidades, influencias, poder, grados, nada venía del pueblo, todo procedía del rey.

Las ambiciones no miraban abajo, sino á lo alto. La estimacion no daba nada; el favor lo daba todo. Además, una alianza tan antigua como la monarquía unía la religion al trono; destruir la una era destruir el otro. Francia tenia dos hábitos seculares: el trono y el ca-



Batalla de Valmy.—Pág. 102.



tolicismo. La opinion y la conciencia se sostenian mutuamente; no se podia desarraigar la una sin agitar la otra. Suprimido el trono, el catolicismo, como institucion soberana y civil, caia con él. En lugar de una ruina se necesitaban dos.

En fin, la familia real en Francia, que consideraba el trono como herencia inalienable y el poder soberano como una legitimidad de su sangre, se habia confundido por sus matrimonios, por sus parentescos y por sus alianzas con todas las familias soberanas de Europa. Atacar los derechos del trono en Francia, era extinguirlos ó amenazarlos en Europa entera. Las familias reales no eran más que una sola familia, las coronas eran solidarias. Suprimir el título y los derechos del trono en Paris, era suprimir la herencia y los derechos de los reyes en todas sus capitales; era ademas trastornar é invertir todas las relaciones exteriores de Francia con los Estados europeos, fundadas sobre una política de familia, para fundarlas sobre una política de intereses nacionales. El ejemplo era amenazador; la guerra cierta, terrible y universal. Hé aquí todo lo que la historia dijo en voz baja á los girondinos.

### III

Por otro lado, el republicanismo, cuyo intérprete era la Convencion, decia al alma de los convencionales:

«Es necesario acabar con los tronos. La revolucion tiene por mision sustituir la razon á las preocupaciones, el derecho á la usurpacion, la igualdad al privilegio, la libertad á la esclavitud en el gobierno de las sociedades, empezando por Francia. El trono es una preocupacion y una usurpacion que se sufre hace muchos siglos por la ignorancia y por la cobardía de los pueblos. La costumbre sola ha creado este derecho. La soberanía absoluta es un hombre pueblo sustituyéndose á la humanidad soberana; es el género humano abdicando sus títulos, sus derechos, su razon, su libertad, su voluntad y sus intereses en manos de uno solo; es hacer por medio de una ficcion un Dios de quien la naturaleza no ha hecho más que un hombre; es degradar, desposeer y destronar á millones de hombres iguales en derechos ó tal vez superiores en virtud y en inteligencia, para engrandecer y para coronar á uno solo; es asimilar una nacion á la tierra de labor que se pisa, y dar su civilizacion, sus generaciones y sus siglos en propiedad á una familia, para que disponga de la herencia de Dios.

»¿Transigirémos con esta costumbre del trono, y conservarémos el nombre, suprimiendo la cosa? ¿Crearémos para complacer á la multitud rutinaria un trono constitucional representativo, en que el rey sea el primer magistrado hereditario, encargado de ejecutar pasivamente las voluntades del pueblo? Pero ¿qué fuerza y qué utilidad tendrá nunca semejante institucion? Acabamos de hacer la experiencia de esto, y nuestros hijos la harán despues de nosotros. Una de dos, ó este rey constitucional tendrá un derecho propio y una voluntad personal, ó no tendrá ninguno. Si tiene un derecho propio y una voluntad personal, este derecho y esta voluntad personal, en oposicion con frecuencia y en lucha muchas veces con la voluntad del pueblo, no habrán hecho más que encerrar un gérmen de contradiccion, de guerra civil y de muerte en la Constitucion. El gobierno, en lugar de ser la armonía y la unidad, será el antagonismo y la guerra; será la anarquía constituida en la cumbre del poder, para mandar á la paz y al orden que estarán abajo.

Este es un contrasentido. Si el rey no tiene autoridad ni voluntad personal, entónces, impotente y despreciado, no será más que la aguja dorada que marque la hora en el cuadrante de la Constitucion, pero que no arreglará ni moderará en nada el mecanismo; irrision del título de rey y envilecimiento del signo del poder.

»Pero no es esto todo: ó este rey representativo será un sér nulo y un fantasma, ó será un hombre capaz y ambicioso. Si es un sér nulo y un vano fantasma, sólo servirá para desvirtuar el trono y para convertirlo en un objeto de compasion á los ojos del pueblo. Pero si es un hombre de capacidad y ambicioso, ¿qué peligro vivo y perenne no vais á crear con vuestras propias manos contra la libertad y la igualdad de la nacion? Honrado con el nombre y el signo del poder supremo, puesto de manifiesto continuamente, en sus palacios, en sus ceremonias, en sus templos y á la cabeza de sus ejércitos, á las adoraciones de sus pueblos; ricamente dotado con una lista civil y con propiedades inadmisibles y siempre crecientes, elemento de corrupcion de los caractéres, órgano de todas las voluntades, ejecutor de todas las leyes, negociador con todas las cortes extranjeras, facultado para nombrar todos los ministros y para depositar en ellos toda la responsabilidad de sus impopularidades, canal de todas las gracias, única institucion hereditaria en el seno de una Constitucion en que todo sea electivo y vitalicio, transmitiendo de padres á hijos tradiciones ambiciosas de usurpacion del poder, gastando á los hombres y á los partidos sin gastarse nunca á sí mismo, ¿cómo permanecerá semejante trono inofensivo para la libertad y la igualdad de la nacion? ¿No tendrá evidentemente sobre los poderes populares las ventajas de lo que no pasa sobre lo que pasa? ¿No habrá absorbido ántes de un siglo todo lo que tengamos la imprudencia de confiarle perteneciente á nuestros derechos y á nuestros deberes, que en vano habria sido reconquistar para luégo devolvérselos? Valiera más no destruir esta preocupacion, que restablecerla con nuestras propias manos.

»La república democrática—proseguian—es el gobierno que dicta la razon. En ella no hay hombre divinizado, ni familia independiente de la ley, ni casta fuera de la igualdad, ni ficciones que supongan en el hijo las virtudes y el genio del padre, dando á los unos la herencia del mando y á los otros la de la obediencia. La razon humana es la única legitimidad del poder. La inteligencia es el título, no de la soberanía, porque la nacion no la reconoce fuera de sí misma, pero sí el de las magistraturas instituidas para el interes y para el servicio de todos. La eleccion es la consagracion del pueblo para estas magistraturas, delegaciones revocables de su voluntad. Ella eleva y depone sin cesar. Ningun ciudadano es más soberano que otro: todos los son en proporcion del derecho, de la capacidad y del interes que tienen en la asociacion comun. Las influencias verdaderamente personales y vitalicias no son sino la libre aquiescencia de la razon pública á los méritos, á las luces y á la virtud de los ciudadanos. La superioridad de la naturaleza, de la instruccion, de la fortuna y de la adhesion, probadas en las elecciones mutuas de los ciudadanos entre sí, hacen subir por un movimiento espontáneo á los más dignos para el gobierno. Pero estas superioridades, que se legitiman por sus servicios, no amenazan nunca al gobierno de degenerar en tiranía. Ellas desaparecen con sus servicios mismos, y vuelven á entrar despues de ciertos plazos fijos en las filas de los simples ciudadanos, extinguiéndose con la vida de los favoritos del pueblo, y haciendo lugar á otras capacidades que le servirán á su vez. Esta es la



fuerza verdadera del poder social, que pertenece, no á algunos, sino á todos; saliendo sin interrupcion de su único origen, que es el pueblo, y volviendo siempre á él inalienable, para volver á salir eternamente de él segun sea su voluntad. Tal es la rotacion del gobierno calcada sobre la rotacion perpetua de las generaciones, que nunca se detiene, que jamás funda el porvenir en lo pasado, y que no amortiza ni la soberanía, ni la ley, ni la razon, sino que, á ejemplo de la naturaleza, se eterniza, renovándose continuamente.

»El trono es el gobierno que se dice hecho á la imagen de Dios: esto es un sueño. La república es el gobierno hecho á la imagen del hombre: esto es la realidad política. Pero si la forma republicana es la racional, tambien es la más justa. Ella distribuye, nivela é iguala sin cesar los derechos, los títulos, las capacidades, las funciones, los intereses de las clases y los ciudadanos entre sí. El Evangelio es democrático; el cristianismo, republicano.

»Y aún cuando la república no fuese lo ideal del gobierno de la razon, sería en este momento la necesidad de Francia. Con un rey destronado, con una nobleza armada contra ella, con un clero desposeido, con la Europa monárquica entera sobre sus fronteras, no encontraría en ninguna forma de trono, en ninguna monarquía templada, en ninguna dinastía antigua ó nueva, la fuerza sobrehumana de que necesita para triunfar de tantos enemigos y para sobrevivir á semejantes crisis. Un rey sería sospechoso; una Constitucion, impotente; una dinastía, disputada. En tal estado de cosas, le energía desesperada y poderosa del pueblo, evocada desde el fondo de este mismo pueblo y convertida por aclamacion en gobierno, es la única fuerza que puede igualar la voluntad á la resistencia y el sacrificio á los peligros. Ante tocaba la tierra y renacia. Francia debe tocar al pueblo para apoyar en él la palanca de la revolucion. Vacilar entre las distintas formas de gobierno en semejantes momentos, es perderlas todas. No tenemos eleccion. La república es la última palabra de la revolucion, así como el último esfuerzo nacional. Es menester aceptarla y defenderla, ó vivir con la muerte vergonzosa de los pueblos que entregan sus hogares y sus dioses en rescate de su vida á sus enemigos.»

Tales eran las reflexiones que la razon y la pasion, lo pasado y lo presente de Francia, sugerian á los girondinos para decidirles á la república. La política y la necesidad les impuso entónces esta forma de gobierno, y ellos la aceptaron.

## IV

Sólo que los girondinos temian ya que esta república cayese en las manos de una demagogia furiosa é insensata. El 10 de Agosto y el 2 de Setiembre les consternaban, y querian dar algunos dias á la reflexion y á la reaccion de la Asamblea y de la opinion contra estos excesos populares. Hombres imbuidos en las ideas republicanas de la antigüedad, en que la libertad de los ciudadanos suponía la esclavitud de las masas, y en que las repúblicas no eran sino numerosas aristocracias, ellos comprendian mal el genio cristiano de las repúblicas democráticas del porvenir. Ellos querian la república á condicion de gobernarla solos, en las ideas y en los intereses de la clase media y letrada, á la cual pertenecian. Se proponian hacer una Constitucion republicana á imagen de aquella sola clase ante la cual acababan de evaporarse el trono, la Iglesia y la aristocracia. Bajo el nombre

de república entendian el reinado de las luces, de las virtudes, de la propiedad y de los talentos, de que su clase tendría en adelante el privilegio. Soñaban con imponer condiciones, garantías, exclusiones, incapacidades en las condiciones electorales, en los derechos cívicos y en el ejercicio de las funciones públicas, que hubiesen ensanchado sin duda los límites de la capacidad para el gobierno, pero que hubiesen excluido de las urnas á la masa ignorante, indigente ó mercenaria del



Dumouriez hace entrar en su deber á los batallones de federados.—Pág. 106.

pueblo. Debiendo corregir la Constitucion, segun ellos, lo que la república tenía de popular y borrascoso, separaban en su pensamiento la plebe de la nacion. Sirviendo á la una, ellos contaban ponerse á cubierto de la otra. No se resignaban á forjar con sus propias manos, en una Constitucion repentina, poco reflexionada y temeraria, el hacha bajo la cual sus cabezas tendrían que inclinarse y caer. Numerosos y elocuentes en la Convencion, se fiaban en su ascendiente.

Pero este ascendiente, que predominaba todavía en los departamentos y en la Asamblea, habia disminuido hacia dos meses en Paris, ante la audacia del ayuntamiento, ante la dictadura de Danton, ante la demagogia de Marat, y sobre todo,